



procuró ceñir con los brazos la espalda y el pecho del amigo, y exclamó con voz solemne y de sollozo:

—¡Lo juro por mi nombre honrado! ¡Antes que esto, prefiero verla en brazos de un amante!

—Sí, mil veces, sí—añadió—¡búsquenle un amante, sedúzcanmela; todo antes que verla en brazos del fanatismo!...

Y estrechó, con calor, la mano que don Alvaro le ofrecía.

La marcha fúnebre sonaba á lo lejos. El *chin, chin* de los platillos, el *rum rum* del bombo servían de marco á las palabras grandilocuentes de Quintanar.

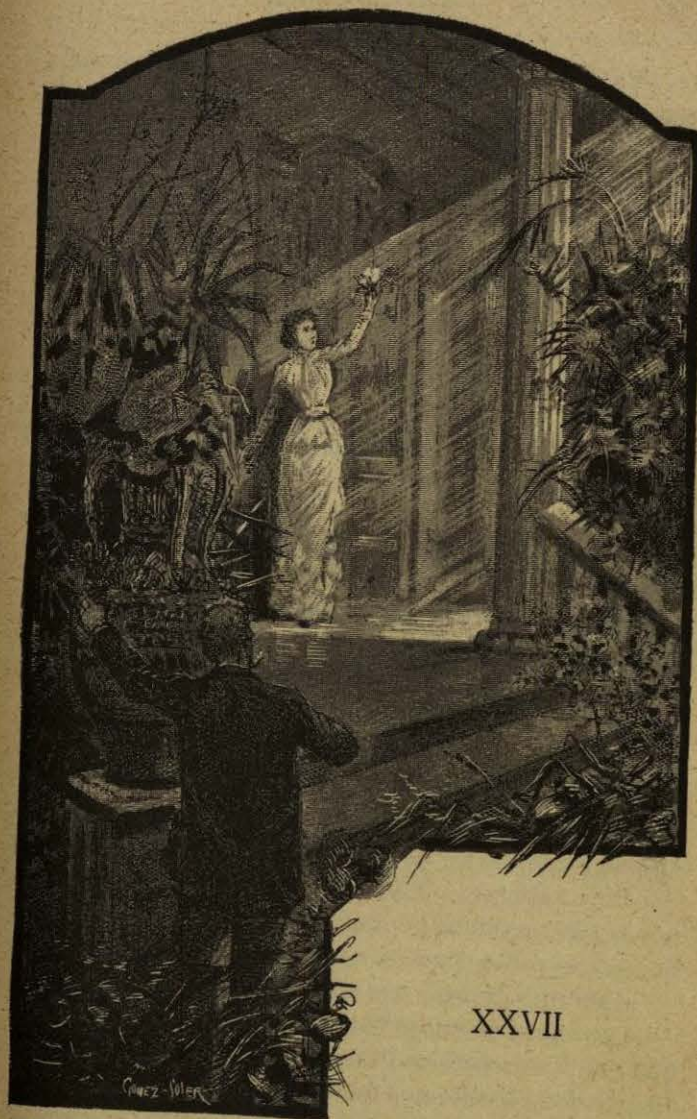
—¡Qué sería del hombre en estas tormentas de la vida, si la amistad no ofreciera al pobre náufrago una tabla donde apoyarse!

—¡*Chin! chin! chin! bom, bom, bom!*

—¡Sí, amigo mío! ¡Primero seducida que fanatizada!...

—Puede Vd. contar con mi firme amistad, don Víctor; para las ocasiones son los hombres...

—Ya lo sé, Mesía, ya lo sé... ¡Cierre Vd. el balcón, porque se me figura que tengo ese bombo maldito dentro de la cabeza!



XXVII

Las diez! Has oído? el reloj del comedor ha dado las diez... Te parece que subamos?...
—Espera un poco; espera que suene la hora en la catedral.

—En la catedral! Pero se oye desde aquí, muchacha? Se oye el reloj de la torre desde aquí?... Mira que es media legua larga...

—Pues sí, se oye, en estas noches tranquilas ya lo creo que se oye. ¿Nunca lo habías notado? Espera cinco minutos y oirás las campanadas... tristes y apagadas por la distancia...

—La verdad es que la noche está hermosa...

—Parece de Agosto.

—Cuando contemplo el cielo,

de innumerables luces rodeado
y miro hacia el suelo...

perdóname, hija mía; sin querer me vuelvo á mis versos...

—¿Y qué? mejor, Quintanar: eso es muy hermoso. *La Noche Serena* ya lo creo. Hace llorar dulcemente. Cuando yo era niña y empezaba á leer versos, mi autor predilecto era ese.

El recuerdo de Fray Luís de León pasó como una nubecilla por el pensamiento de Ana que sintió un poco de melancolía amarga. Sacudió la cabeza, se puso en pié y dijo:

—Dame el brazo, Quintanar; vamos á dar una vuelta por la galería de los perales mientras la señora torre de la catedral se decide á cantar la hora...

—Con mil amores, *mia sposa cara*.

La pareja se escondió bajo la bóveda no muy alta de una galería de perales franceses en espaldar. La luna atravesaba á trechos el follaje nuevo y sembraba de charcos de luz el suelo á lo largo del oscuro camino.

—Mayo se despide con una espléndida noche—dijo Ana, apoyándose con fuerza en el brazo de su marido.

—Es verdad; hoy se acaba Mayo. Mañana Junio.

Junio la caña en el puño. ¿Te gusta á ti pescar? El río Soto, ya sabes, ese que está ahí en pasando la Pumarada de Chusquín.

—Sí, ya sé... donde se bañan Obdulia y Visita algunos veranos antes de ir al mar.

—Justo, ese... pues el río Soto lleva truchas exquisitas, según me dijo el Marqués. ¿Quieres que escriba á Frígilis, que nos mande dos cañas con todos sus accesorios?

—Sí, sí, magnífico! Pescaremos.

Don Víctor, satisfecho, sujetó mejor el brazo de su mujer que colgaba del suyo, y la tomó la mano como un tenor de ópera. Y cantó:

Lasciami, lasciami
oh lasciami partir...

Calló y se detuvo. Un rayo de luna le alumbraba las narices. Miró á su esposa, que también volvió el rostro hacia su marido.

—¿Te gustan los Hugonotes? Te acuerdas? Qué mal los cantaba aquel tenor de Valladolid... Pero oye... mira qué idea... hermosa idea... Figúrate aquí, en medio del Vivero, ahí, junto al estanque, figúrate á Gayarre ó á Masini cantando... en esta noche tranquila, en este silencio... y nosotros aquí, debajo de esta bóveda... oyendo... oyendo... Las óperas deberían cantarse así... ¿Qué nos falta á nosotros ahora? Música, nada más que música... El panorama hermoso... la brisa... el follaje... la luna... pues esto con acompañamiento de un buen cuarteto... y ¡el paraíso! Oh, los versos... los versos á veces no dicen tanto como el pentagrama. Estoy por la canción, por la poesía que se acompaña en efecto de la lira ó de la forminge... ¿Tú sabes lo que era la forminge, *phorminx*?

Ana sonrió y le explicó el instrumento griego á su buen esposo.

—Chica, eres una erudita.

Otra nubecilla pasó por la frente de Ana.

El reloj de la catedral, á media legua del Vivero, dió las diez, pausadas, vibrantes, llenando el aire de melancolía.

—Pues es verdad que se oye—dijo Quintanar.

Y después de un silencio, comentario de la hora, añadió:

—¿Vamos á cenar?

—Á cenar!—gritó Ana.

Y soltando el brazo de don Victor corrió, levantando un poco la falda de la *matinée* que vestía, hasta perderse en la oscuridad de la bóveda. Quintanar la siguió dando voces:

—Espera, espera... loca, que puedes tropezar.

Cuando salió á la claridad, con el cielo por techo, vió en lo alto de la escalinata de mármol, con una mano apoyada en el cancel dorado de la puerta de la casa, á su querida esposa que extendía el brazo derecho hacia la luna, con una flor entre los dedos.

—Eh, qué tal, Quintanar? Qué tal efecto de luna hago?...

—¡Magnífico! Magnífica estatua... original pensamiento... oye: «La Auñora suplica á Diana que apremie el curso de la noche...»

Ana aplaudió y atravesó el umbral. Don Victor entró detrás diciéndose á sí mismo en voz alta:

—¡Hija mía! Es otra... Ese Benítez me la ha salvado... Es otra... Hija de mi alma!

Cenaron en la vajilla de los marqueses. Los dos tenían muy buen apetito. Ana hablaba á veces con la boca llena, inclinándose hacia Quintanar que sonreía, mascaba con fuerza, y mientras blandía un cuchillo aprobaba con la cabeza.

—La casa es alegre hasta de noche—dijo ella.

Y añadió:

—Toma, móndame esa manzana...

—«Móndame la manzana, móndame la manzana...» ¿dónde he oído yo eso?... Ah ya...

Y se atragantó con la risa.

—Qué tienes, hombre?

—Es de una zarzuela... De una zarzuela de un académico... Verás... Se trata de la marquesa de Pompadour: un señor Beltrand anda en su busca; en un molino encuentra una aldeana... y como es natural se ponen á cenar juntos, y á comer manzanas por más señas.

—Como tú y yo.

—Justo. Pues bueno, la aldeana, como es natural también, coge un cuchillo.

—Para matar á Beltrand...

—No, para mondar la manzana...

—Eso ya es inverosímil.

—Lo mismo opinan Beltrand y la orquesta. La orquesta se eriza de espanto con todos sus violines en tremolo y pitando con todos sus clarinetes; y Bertrand canta, no menos asustado:

(Cantando y puesto en *pié*.)

Cielos! monda la manzana;
es la marquesa
de Pompadour!...
de Pompadour!

Ana soltó el trapo. Rió de todo corazón el disparate del académico y la gracia de su marido. «La verdad era que Quintanar parecía otro.»

Petra sirvió el té.

—¿Ha vuelto Anselmo de Vetusta?—preguntó el amo.

—Sí señor, hace una hora...

—¿Ha traído los cartuchos?

—Sí señor.

—¿Y el alpiste?

—Sí señor.

—Pues dile que mañana muy temprano tiene que volver á la ciudad, con un recado para el señor Crespo. Deja... voy yo mismo á enterarle... Escribiré dos letras; ¿no te parece, Ana? ese Anselmo es tan bruto...

Salió el amo del comedor.

Petra dijo, mientras levantaba el mantel:

—Si la señorita quiere algo... yo también pienso ir mañana al ser de día á Vetusta... tengo que ver á la planchadora... si quiere que lleve algún recado... á la señora Marquesa... ó...

—Sí; llevarás dos cartas; las dejaré esta noche sobre la mesa del gabinete y tú las cogerás mañana, sin hacer ruido, para no despertarnos.

—Descuide Vd.

Una hora después don Víctor dormía en una alcoba espaciosa, estucada, con dos camas. En el gabinete contiguo Ana escribía con pluma rápida y que parecía silbar dulcemente al correr sobre el papel satinado.

—No tardes; no escribas mucho que te puede hacer daño. Ya sabes lo que dice Benítez.

—Sí, ya sé; calla y duerme.

Ana escribió primero á su médico que era en la actualidad el antiguo sustituto de Somoza. Benítez, el joven de pocas palabras y muchos estudios, observador y taciturno, había permitido á su enferma, á la Regenta, que escribiera, si este ejercicio la distraía, á ciertas horas en que la aldea no ofrece ocupación mejor. «Escribame Vd. á mí, por ejemplo, de vez en cuando, diciéndome lo que sabe que importa para mi pleito. Pero si se siente mal de esas aprensiones dichas no me dé pormenores, bastan generalidades...»

Ana escribía: «...Buenas noticias. Nada mas que buenas noticias. Ya no hay aprensiones; ya no veo hormigas en el aire, ni burbujas, ni nada de eso; ha-

blo de ello sin miedo de que vuelvan las visiones: me siento capaz de leer á Mandsley y á Luys, con todas sus figuras de sesos y demás interioridades, sin asco ni miedo. Hablo de mi temor á la locura con Quintanar como de la manía de un extraño. Estoy segura de mi salud. Gracias, amigo mio; á Vd. se la debo. Si no me prohibiera Vd. *filosofar*, aquí le explicaría por qué estoy segura de que debo al plan de vida que me impulsó la felicidad inefable de esta salud serena, de este placer refinado de vivir con sangre pura y corriente en medio de la atmósfera saludable... Pero nada de retórica; recuerdo cuánto le disgustan las frases... En fin, estoy como un reloj, que es la expresión que Vd. prefiere. El régimen respetado con religiosa escrupulosidad. El miedo guarda la viña. Seré esclava de la higiene. Todo menos volver á las andadas. Continúo mi diario, en el cual no me permito el lujo de perderme en *psicologías* ya que Vd. lo prohíbe también. Todos los días escribo algo, pero poco. Ya ve que en todo le obedezco. Adiós. No retarde su visita. Quintanar le saluda... roncando. Ronca, es un hecho. *En aquel tiempo* la Regenta hubiera mirado esto como una desgracia suya, que le mandaba exprofeso el *destino* para ponerla á prueba. ¡Un marido que ronca! Horror... basta. Veo que tuerce Vd. el gesto. Perdón. No mas cháchara. Á Frigilis que venga con Vd. ó antes. Diga lo que quiera mi esposo, si Crespo no viene á prepararme la caña y á convencer á las truchas de que se dejen pescar no haremos nada. Adiós otra vez. La esclava de su régimen q. b. s. m.

Anita Ozores de Quintanar.»

Después de firmar y cerrar esta carta, Ana se puso á continuar otra que había empezado á escribir por la mañana.

Ahora la pluma corría menos, se detenía en los perfiles.

Por un capricho la Regenta procuraba imitar la letra de la carta á que contestaba y que tenía delante de los ojos.

...«No se queje de que soy demasiado breve en mis explicaciones. Ya le tengo dicho, amigo mío, que Benítez me prohíbe, y creo que con razón, analizar mucho, estudiar todos los pormenores de mi pensamiento. No ya el hacerlo, sólo el pensar en hacerlo, en desnudar mis ideas, me da la aprensión de volver á sentir aquella horrorosa debilidad del cerebro... No hablemos más de esto. Bastante hago si le escribo, pues prohibido me lo tienen. Pero entendámonos. Lo prohibido no es escribir á Vd. ¿Hablo ahora claro? Lo prohibido es escribir mucho, sea á quien sea, y sobre todo de asuntos serios.

»Que cuando volvemos á Vetusta? No lo sé, Fermín, no lo sé.

»Que yo estoy mucho mejor. Es verdad. Pero quien manda, manda. Benítez es enérgico, habla poco pero bien; ha prometido curarme si se le obedece, abandonarme si se le engaña ó se desprecian sus mandatos. Estoy decidida á obedecer. Usted me lo ha dicho siempre: lo primero es que tengamos salud.

»Que hay tibieza tal vez? No, Fermín, mil veces no. Yo le convenceré cuando vuelva.

»Que rezo poco? Es verdad. Pero tal vez es demasiado para mi salud. ¡Si yo dijera á Quintanar ó á Benítez el daño que me hace, sana y todo, repetir oraciones!... Que en mis cartas no hablo más que de don Víctor y del médico. ¿Pero de qué quiere que le hable? Aquí no veo más que á mi marido; y Benítez me acaba de salvar la vida, tal vez la razón... Ya sé que á usted no le gusta que yo hable de mis miedos de volverme loca... pero es verdad, los tuve y le hablo de

ellos, para que me ayude á agradecer al médico (de quien tanto hablo) mi *salvación intelectual*. ¿Para qué me hubiera querido mi *hermano mayor del alma*, sin el alma, ó con el alma oscurecida por la locura?...

»Que se acabó esto y se acabó lo otro...? No y no. No se acabó nada. Á su tiempo volverá todo. Menos el visitar á doña Petronila. No me pregunte Vd. por qué, pero estoy resuelta á no volver á casa de esa señora. Y... nada más. No *puedo ser más larga*. Me está prohibido (otra vez!) Acabo de cenar. Su más fiel amiga y penitente agradecida

Ana Ozores.»

P. D.—Que se conoce que tengo buen humor? También es verdad. Me lo da la salud. Si lo tuviera malo y pensara mal, creería que á Vd. le pesa de mi buen humor, á juzgar por el *tono* con que lo dice. Perdón por todas las faltas.»

Anita leyó toda esta carta. Tachó algunas palabras; meditó y volvió á escribirlas encima de lo tachado.

Y mientras pasaba la lengua por la goma del sobre, moviendo la cabeza á derecha é izquierda, encogió los hombros y dijo á media voz:

—No tiene por qué ofenderse.

Se acostó en el lecho blanco y alegre que estaba junto al de Quintanar.

El viejo madrugaba más que Ana, y salía á la huerta á esperarla. Á las ocho tomaban juntos el chocolate en el invernáculo que él llamaba con cierto orgullo enfático *la serre*.

—¡Si esto fuera nuestro!...—pensaba á veces Quintanar contemplando las plantas exóticas de los anaqueles atestados y de los jarrones etruscos y japoneses más ó menos auténticos.

La Regenta no pensaba en los títulos de propiedad del Vivero; gozaba de la naturaleza, de la salud y del

relativo lujo que habían acumulado los Vegallana en su famosa quinta, sin fijarse en nada más que gozar. Vivía allí como en un baño, en cuya eficacia creía.

Don Victor salió de la huerta y atravesando prados, pumaradas y tierras de maíz, buscó entre las casuchas vecinas la bajada al río Soto, y por su orilla el lugar más á propósito para sentar sus reales y pescar, en cuanto volviese Anselmo con los trastos necesarios.

Ana, durante las horas del calor, que ya era respetable, subió á su gabinete, y después de leer un poco, tendida sobre el lecho blanco, se acercó al escritorio de palisandro, y hojeó su libro de memorias. Siempre hacía lo mismo; antes de empezar á escribir en él repasaba algunas páginas, á saltos...

Leyó la primera que casi sabía de memoria. La leyó con cariño de artista. Decía así, en letra solo para Ana inteligible, nerviosa y rapidísima.

«¡Memorias!... ¡Diario!... ¿por qué no? Benítez lo consiente.»

Memorias de Juan García, podría decir algún chusco... Pero como esto no ha de leerlo nadie más que yo... ¿Que es ridículo? ¡Qué ha de ser! Más ridículo sería abstenerme de escribir (ya que es ejercicio que me agrada y no me hace daño, tomado con medida), sólo porque si lo supiera el mundo me llamaría cursilona, literata... ó romántica, como dice Visita. Á Dios gracias, estos miedos al que dirán ya han pasado. La salud me ha hecho más independiente. Sobre todo ¿qué han de decir si nadie ha de leerlo? Ni Quintanar. Nunca ha entendido mi letra cuando escribo de prisa. Estoy sola, completamente sola. Hablo conmigo misma, secreto absoluto. Puedo reír, llorar, cantar, hablar con Dios, con los pájaros, con la sangre sana y fresca que siento correr dentro de mí. Empecemos por un himno. Hagamos versos en prosa. «Salud, salve! Á ti debo las ideas nuevas, este vigor del alma, este olvido

de larvas y aprensiones... y el equilibrio del ánimo, que me trajo la calma apetecida... Suspendo el himno porque Quintanar jura que se muere de hambre y me llama desde abajo, desde el comedor, con una aceituna en la boca... Ya bajo, ya bajo... Allá voy!

El Vivero, Mayo 1....

Llueve, son las cinco de la tarde y ha llovido todo el día. *In illo tempore*, me tendría yo por desgraciada sin mas que esto. Pensaría en la pequeñez—y la humedad—de las cosas humanas, en el gran aburrimiento universal, etc., etc... Y ahora encuentro natural y hasta muy divertido que llueva. ¿Qué es el agua que cae sobre esas colinas, esos prados y esos bosques? El tocado de la naturaleza. Mañana el sol sacará lustre á toda esa verdura mojada. Y además, aquí en el campo, la lluvia es una música. Mientras Quintanar duerme la siesta (costumbre nueva) y ronca (achaque anti-guo y digno de respeto) yo abro la ventana y oigo

el rumor de la lluvia
sobre las hojas
y el ruido de las alas
de las palomas

que se esponjan sobre los tejadillos de su palomar cuadrado, entrando y saliendo por las ventanas angostas. Ese palomar tiene algo de serrallo ó de casa de vecindad, según se mire. La vida común con sus horas de hastío, de descuido, de pereza pública se refleja en las posturas de esas palomas, en sus pasos cortos, en el sacudir de las alas. Hay parejas que se juntan por costumbre, *por deber*, pero se aburren como si cada cual estuviese en el desierto. De repente el macho, supongo que será el macho, tiene una idea, un remordimiento, *improvisa* una pasión que está muy lejos de sentir, y besa a la hembra, y hace la rueda, y canta el

rucutucua y se eriza de plumas... Ella, sorprendida, sin sacudir la pereza corresponde con tibias caricias, y á poco, ambos fatigados, soñolientos, encontrando en la molicie de mojarse inmóviles, inflados, mayor voluptuosidad que en los devaneos, vuelven á su quietismo, tranquilos, sin rencores, sin engaño, sin quejarse de la mutua displicencia. ¡Racionales palomas! —Quintanar ronca; yo escribo... Pié atrás. Esto no iba bien. Había algo de ironía; la ironía siempre tiene algo de bilis... Los amargos abren el apetito... pero más vale tenerlo sin necesitarlos. Á otra cosa.

Llueve todavía. No importa. Todo el diluvio no me arrancaría hoy un gesto de impaciencia. La ventana está cerrada, los regueros del agua resbalando por el cristal me borran el paisaje. Víctor ha salido con Frigilis (segunda visita del buen Crespo; el único grande hombre que conozco de vista). Bajo un paraguas de Pinón de Pepa—el casero de los marqueses—recorren, como cobijados en una tienda de campaña, el bosque de encinas que mi marido llama siempre seculares. Van á comprobar no sé qué experimento de química, invención de Frigilis, según él. Dios les haga felices y les conserve los piés secos. Hoy me siento inclinada á la historia, á los recuerdos. No los temo. Poco más de cinco semanas han pasado y ya me parece de la historia antigua todo aquello.

¡Qué tres días! Yo me figuraba estar prostituída de un modo extraño (aquí la letra de la Regenta se hace casi indescifrable para ella misma). Todo Vetusta me había visto los piés desnudos, en medio de una procesión, casi casi del brazo de Vinagre! Y tres días con los piés abrasados por dolores que me avergonzaban, inmóvil en una butaca! Llamé á Somoza que se excusó. Vino el sustituto Benítez, silencioso, frío; pero comprendí que me observaba con atención cuando yo

no le miraba. Debía de creer que yo me iba volviendo loca. Él lo niega, dice que todo aquello lo explica la exaltación religiosa y la exquisita moralidad con que decidí sacrificarme al bien del que creía ofendido por mis pensamientos y desaires. Benítez cuando se decide á hablar parece también un confesor. Yo le he dicho secretos de mi vida interior como quien revela síntomas de una enfermedad. Conocía yo cuando le hablaba de estas cosas, que él, á pesar de su rostro impasible, me estaba aprendiendo de memoria... El mal subió de los piés á la cabeza. Tuve fiebre, guardé cama... y sentí aquel terror... aquel terror pánico á la locura. De esto no quiero hablar ni conmigo misma. Lo dejo por hoy; voy al piano á recordar la *Casta di-va*... con un dedo.»

Pasó Ana, sin querer leerlas, algunas hojas. En ellas había escrito la historia de los días que siguieron al de la procesión, famosa en los anales de Vetusta. Si, se había creído prostituída; aquella publicidad devota le parecía una especie de sacrificio babilónico, algo como entregarse en el templo de Belo para la vigilia misteriosa. Además sentía vergüenza; aquello había sido como lo de ser literata, una cosa ridícula, que acababa por parecersele á ella misma. No osaba pisar la calle. En todos los transeúntes adivinaba burlas; cualquier murmuración iba con ella, en los corrillos se le antojaba que comentaban su locura. «Había sido ridícula, había hecho una tontería»; esta idea fija la atormentaba. Si quería huir de ella, se la recordaba sin cesar el dolor de sus piés, que ardían, como abrasados de vergüenza; aquellos piés que habían sido del público, desnudos una tarde entera.

Si quería consolarse con la religión y el amparo del Magistral, su mal era mayor, porque sentía que la fe, la fe vigorosa, puramente ortodoxa, se derretía dentro